



Diez minutos después, la pareja atravesaba rápidamente el patio bajo el sol de la tarde. Sacha se colocó sus lentes oscuros, ignorando las miradas curiosas de los estudiantes que pasaban a su lado. A diferencia de Taylor, le agradaba bastante la sensación de ser observado y que murmuraran de él. Pensaba que era divertido.

*Ahí va ese francesito que sabe el día en que morirá.*

Qué asunto más ridículo para ser famoso.

–Louisa va a *enloquecer* cuando se dé cuenta de que no estamos –Taylor parecía tan ansiosa como si acabarían de robar un auto.

Sacha intentó no sonreír. Ella obedecía las reglas, todo el tiempo. Le resultaba adorable y frustrante en

igual medida. Literalmente, el mundo se estaba terminando y ella todavía quería pedir permiso para salir.

–Si resolvemos tus problemas de control, Louisa nos perdonará –le recordó el joven.

–Lo dudo –murmuró. Pero continuó caminando.

Los rizos dorados se habían soltado de la pinza que sostenía su cabello, cayendo para rodear su rostro con un halo dorado. Tenía las mejillas sonrojadas por el calor. La joven levantó la vista y vio que él la miraba.

–¿Qué? –preguntó, llevando tímidamente la mano a su cabello.

–Nada –Sacha se apresuró a apartar la vista.

Al abandonar el patio interior y tomar el pasaje abovedado que conducía más allá del edificio de ciencias, el joven apresuró el paso. Estaba impaciente por salir del lugar, aunque fuera unos pocos minutos.

No le importaban las miradas, pero le desagradaba este colegio. No encajaba para nada en San Wilfred. No se trataba del idioma, pues su inglés era bueno. Sencillamente, no era un alquimista y todos los demás sí lo eran.

Estaba fuera de lugar.

Por doquier había recordatorios de su normalidad. Los profesores que efectuaban una investigación en la biblioteca sacaban los libros sin necesidad de alcanzarlos. Más temprano había visto a uno de ellos calentarse una taza de té, hasta donde pudo notar, solo con mirarla.

Sabía que la alquimia consistía en algo más que eso, pero era incapaz de *verlo*. Taylor le había contado acerca de las corrientes de energía y las moléculas, aunque para él resultaban invisibles. Lo único que notaba era cuán distinto era de los demás en este lugar. Cuán ordinario.

Aquello que lo diferenciaba era evidente y lo hacía sentirse apartado, aun cuando se hallaba en el centro de los acontecimientos.

Cuando llegaron a una puerta oculta entre las sombras en el borde del patio interior, automáticamente Sacha estiró la mano para tomar la

manija, antes de percatarse de que no había nada. Su mano se mantuvo en el aire por un segundo, como si, confundida, no supiera qué hacía allí.

–Tengo que hacerlo –dijo Taylor, con un rastro de disculpa en la voz.

El chico retrocedió y la observó presionar la punta de los dedos contra la puerta. Al instante sonó la cerradura y la pesada puerta se abrió.

Sacha la había visto hacer cosas más extraordinarias que abrir una puerta, pero le maravillaba la gran indiferencia que ella mostraba al respecto últimamente. A menudo la joven expresaba sus dudas, aunque él notaba cómo de manera inconsciente su confianza aumentaba con los días. Había dejado de temer acerca de lo que podía hacer o de quién era.

La siguió a través de la puerta y se encontró al borde de un claro, verde extensión de césped y flores silvestres, salvaje e indómito. Miró fijamente el campo con evidente asombro. Taylor le había contado del lugar, pero él nunca lo había contemplado con sus propios ojos. Tenía prohibido salir del colegio sin importar la razón. El decano había sido muy firme al respecto, por lo que habían mantenido a Sacha entre las paredes de la universidad desde su llegada.

Ahora sentía que estaba entrando a otro mundo. Que recuperaba su libertad.

Parte de la tensión que lo mantuvo rígido como un cable durante varios días abandonó su cuerpo. Permaneció firme por un instante, asimilándolo todo. Taylor había avanzado algunos pasos por el sendero y volteó a verlo.

–¿Qué pasa?

–Nada –hundió las manos en los bolsillos y dio un paso hacia la vereda para seguirla.

El joven respiró profundamente; el aire tenía el olor dulce de la hierba y de las flores silvestres. El suelo se sentía suave debajo de sus pies. Luego de haber pasado semanas encerrado en las viejas y polvorientas habitaciones, esto resultaba maravilloso. Alcanzó a escuchar los sonidos

del tráfico a la distancia; la vida real estaba ahí, en algún sitio. Aunque parecía demasiado lejana.

–Creo que esto es el cielo –dijo, levantando el rostro hacia el sol.

Taylor lo miró fijamente con una sonrisa de complicidad.

–¿Feliz de haber salido de la biblioteca?

Sacha asintió sin dejar de mirar hacia arriba. Solo pensar en volver a estar frente a esos libros le provocaba un deseo de salir corriendo y no detenerse. Finalmente bajó la mirada hacia la de ella.

–La peor parte no es la lectura –le confió–. O lo que murmuran los estudiantes acerca de nosotros, como si esperaran que pudiera volar o algo. La peor parte son los profesores.

–Lo sé, es verdad –coincidió Taylor–. El tipo de la barba...

–Es terrible –dijo Sacha con una mueca–. Llevaba un rato estudiando en el suelo de la sala, pero tuve que moverme porque no dejaba de estornudar verdaderamente fuerte. Cada vez que lo hace voltea a verme como si fuera mi culpa.

–¿De verdad? –preguntó ella entre risas.

–Creo que es alérgico a los franceses.

Las carcajadas de ella fueron más sonoras, y Sacha se percató de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que la escuchó reír de ese modo. Últimamente todo había sido demasiado serio.

–¿Qué hay de ti? –le preguntó.

–Ya sabes de mí –la sonrisa de la joven desapareció y apartó la mirada–. Vengo a este lugar a diario. De verdad pongo todo mi esfuerzo y termino estropeándolo.

Caminaron en silencio durante un rato. Sacha volvió a hundir las manos en los bolsillos de su pantalón, mirándola de reojo. Taylor fruncía el ceño y parecía perdida en sus propias preocupaciones.

Él sabía lo mucho que ella deseaba tener éxito. Quería decirle que no fuera tan dura consigo misma –hubiera sido lo más considerado–, aunque

si era honesto, cada vez que ella le contaba que algo había salido mal en el entrenamiento, sentía como una punzada en las entrañas. Por mucho que ella lo quisiera lograr, él lo quería *–lo necesitaba–* más.

El joven necesitaba desesperadamente que ella tuviera la suficiente fuerza como para combatir al practicante oscuro. Bastante para ayudarlo. Odiaba no poder salvarse a sí mismo. No era justo que tanta responsabilidad cayera sobre los hombros de Taylor. Apenas hacía unas semanas que se conocían, y ahora ella debía salvarle la vida.

Por esa razón, él pasaba todos los días en la biblioteca. Y por eso se sumergía en aquellos viejos libros franceses. Tenía que contribuir en algo a su propia salvación. Y no pensaba presionar aún más a Taylor.

–Estás mejorando –le aseguró.

Ella levantó la vista hacia él, con la duda colmando sus increíbles ojos verdes.

–De verdad –insistió el joven–. No puedes verlo porque todo lo que notas es aquello que no has conseguido hacer. Pero yo veo lo que *sí* haces. Y estás mejorando.

Avanzaron un tramo antes de que ella respondiera. Su voz sonaba tan apagada que Sacha no estaba seguro de haber entendido lo que le decía.

–No es suficientemente rápido.

Antes de que él pudiera replicar, ella señaló un sitio más adelante y cambió el tema.

–Ahí es adonde vamos.

La chica aceleró el paso, apresurándose hacia donde el río formaba una cinta plateada que se curvaba entre los árboles. Sacha se apuró a seguirla, descendiendo por unos escalones de piedra hacia un viejo cobertizo cercano a la orilla.

Una brisa sopló desde el agua que se movía lentamente, haciendo que el pelo le tapara los ojos. El aire olía a verde y a humedad. La sensación de frescura era mayor aquí abajo que arriba, en la escuela.

–Es aquí –Taylor abrió los brazos–. Aquí es adonde vengo todos los días.

Aparte del cobertizo y de una vieja banca, no había nada alrededor, excepto la orilla lodosa y un elegante sauce llorón, cuyas ramas colgaban dentro del agua que jalaba de sus hojas. El lugar era silencioso y estaba aislado, volviéndolo un sitio perfecto para entrenar.

Sacha recogió un guijarro de la arena húmeda y lo lanzó de costado hacia el río. La piedra recorrió a saltos la superficie del agua antes de escurrirse en silencio bajo las olas. Volteó a ver a Taylor.

–Muéstrame lo que puedes hacer.

Por un instante creyó que ella discutiría con él o que, incluso, se rehusaría. Sin embargo, solo se encogió ligeramente de hombros y se dio vuelta, con la mirada explorando la orilla. Cuando encontró lo que buscaba, levantó una mano.

Una pesada roca que yacía en el borde del río se levantó con una sacudida y flotó con ligereza por el aire. Taylor la sostuvo en un punto, el sudor asomó por su frente por un breve momento, y entonces dos cosas sucedieron simultáneamente: se encogió de dolor y emitió un pequeño grito. La piedra cayó con fuerza, aterrizando con un golpe seco sobre la arena blanda y húmeda cercana al agua.

–Uy –pronunció Sacha tras el silencio que siguió.

–Sí –con un movimiento amargo de la mano, Taylor se secó la transpiración de la frente–. Uy.

–¿Eso es lo que ha estado ocurriendo? –preguntó, examinando la pesada roca.

–Cada vez –asintió la joven, apretando los labios.

No debería importar que fuera incapaz de levantar la roca. Tendría años para perfeccionar sus habilidades, para estudiar y aprender. El caso es que no los tenía. Solo contaba con días, y eso era lo que importaba.

Su historia familiar dejaba en claro que Taylor podía detener la maldición que acabaría con Sacha, así como terminar con los planes del

practicante oscuro; todos estaban seguros de ello. Solo que ignoraban cómo hacerlo.

Es por eso que importaba que Taylor no consiguiera bajar adecuadamente las rocas. Es por eso que la gente murmuraba en las esquinas acerca de la pareja.

Todos tenían miedo. El practicante oscuro venía por ellos y el tiempo se agotaba.

–Probemos algo distinto –dijo Sacha, sacando las manos de sus bolsillos.



Reunieron las piedras más pesadas que pudieron encontrar y las apilaron en el borde del agua. Era un trabajo duro y ambos acabaron sudados para cuando todo estuvo en su lugar.

Taylor se alejó hasta llegar casi al prado y Sacha la observaba perplejo.

–Deberías esconderte –le advirtió ella–. Las rocas saldrán para todos lados.

–Estaré bien –respondió soltando una risa–. Hagamos flotar algunas rocas.

Enderezando los hombros, Taylor inhaló profundamente y extendió su mano. Sacha la tomó, intercalando sus dedos con los de ella. Su piel era suave como el terciopelo y se sentía fresca, a pesar del día caluroso. Ella fijó sus ojos, verdes como hojas de sauce, en la mirada de su compañero, apretando más su mano.

–No me sueltes.

Por un segundo, anclado en aquellas pupilas brillantes, la voz le falló al joven. Tuvo que esforzarse para responder.

–No lo haré.

De pronto, un chisporroteo de electricidad recorrió el cuerpo de Sacha y rápidamente contuvo la respiración. Sintió cómo el cuerpo de Taylor se tensaba.

–*Ahora* –dijo ella.

Su voz se tornó más honda y su mirada se clavó directamente en lo que había frente a ella. Él volteó a mirar lo que veía su compañera. Las piedras que habían apilado unos minutos atrás estaban volando. Flotaban muy por encima del agua, más ligeras que el aire; subían y bajaban como cometas.

El corazón de Sacha comenzó a palpar con fuerza. Podía sentir la energía que se elevaba a través de él, fluía hacia Taylor y luego regresaba, formando un circuito entre ambos; la conexión entre ellos era semejante a un cable de alta tensión. Así se había sentido cuando combatieron a los portadores en Londres. Como si pudieran hacer lo que fuera.

Nada de lo que había experimentado era tan estimulante como esto.

–¿Ahora qué sigue? –su voz sonaba sin aliento.

–Ahora las bajamos.

Taylor le apretaba la mano dolorosamente. Miraba fijamente las rocas.

Las pesadas piedras comenzaron a planear lentamente hacia el río con perfecto control. Cuando llegaron al agua se separaron en una línea y flotaron, como patos, en la superficie.

–*Hallucinant* –murmuró Sacha impresionado–. ¿Cómo lo hiciste?

La chica le sonrió. El sudor perlaba su frente y el rubor se intensificaba en sus mejillas.

–No puedo creerlo. Llevo *días* intentándolo. No podía conseguirlo por mi cuenta, pero contigo fue fácil.

–Es esto –le dijo Sacha–. En esta parte se equivocan. Tenemos que hacer esto juntos. Tengo que entrenar contigo siempre.

–Pienso lo mismo –respondió ella–. Debemos hacer esto juntos.

Por solo un instante, el joven se permitió sentir la cálida ilusión de la esperanza.

Quizá por ese motivo no se percató del extraño sonido. Un estruendoso rugido, como el de las olas del océano acercándose a la costa.



Cuando lo escuchó, volteó hacia el agua y apretó la mano de su compañera.

–Taylor...

Al escuchar el tono alarmado en su voz, la joven siguió su mirada. El río había comenzado a curvarse en dirección a ellos, alejándose de la orilla opuesta y avanzando a través del borde lodoso hacia la pareja. Parecía inclinarse hacia ellos como hace una flor al seguir el resplandor del sol.

Encima de las olas, las rocas seguían oscilando alegremente.

Taylor palideció.

–Oh, no –susurró y, enseguida, gritó a todo pulmón–: ¡ALTO!

Estiró un brazo y concentró su poder en el río.

El agua seguía avanzando hacia ellos. El lecho se vaciaba y el lodo oscuro brillaba a la luz del sol. Toda el agua que fluía corriente abajo ahora inundaba la orilla y se dirigía hacia la pradera. Las olas se estrellaban contra la base del cobertizo. Era imparable.

–Taylor... –alertó Sacha volteando a verla.

–Estoy tratando. *Vamos* –le rogó al río, con pánico en los ojos–. Por favor, detente.

–Tienen que soltarse –la voz de Louisa provino de los prados detrás de ellos.

Ambos voltearon. La joven estaba parada con las piernas separadas y las manos en la cadera. Su cabello azul resplandecía en la luz. Parecía furiosa.

–Tienen que soltarse o se van a ahogar.

